

LOS CIELOS LLORAN...

Este anhelar profundo, interminable,
de mi carne y mi espíritu; esta espera
de un no sé qué... — ¿la realidad ó el sueño?
que está siempre en camino y nunca llega...

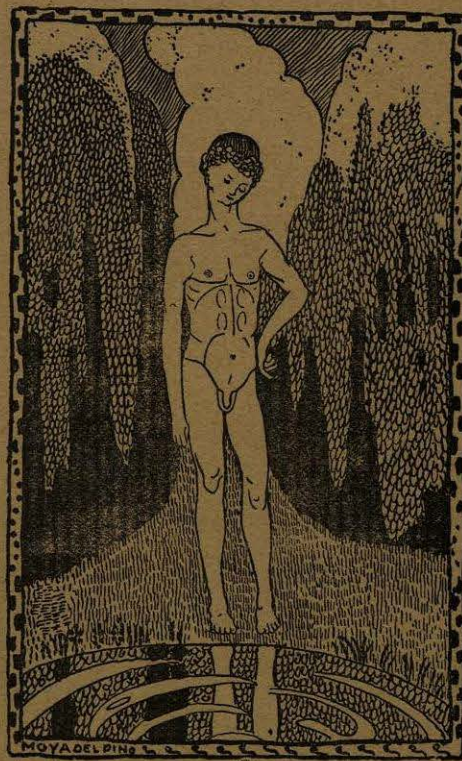
¿Nostalgia descendida de los astros
ó esperanza que brota de la tierra?...

Música de una fuente misteriosa
que se oye y no se ve... Mi vida tiembla

al borde del abismo que le atrae,
 y en cuyo negro fondo centellea,
 como clara pupila del Destino,
 la plata fugitiva de una estrella,
 mientras el alma, entre las sombras, palpa
 con el miedo inconsciente de una ciega
 que camina al azar, sin otra guía
 que el eterno negror de sus tinieblas...

¡Música de mi alma en el silencio,
 fuente que corre sin que nadie pueda
 su camino saber... ¿qué oculta angustia
 en tus sonoras soledades llevas,
 que hasta lloran los cielos en tus aguas
 las lágrimas de luz de sus estrellas?

MADRIGALES Y ELOGIOS



EL ELOGIO DE TUS DESNUDECES

Amas la media luz. En la penumbra,
ante el ojo de bronce del espejo,
tu desnudez de madreperla entregas
como á un amante, al terciopelo negro,
que tiene para ti presión de abrazos
y húmeda y tibia languidez de besos.

Y hasta parece que al sentir los cálidos
contactos olorosos de tu cuerpo,

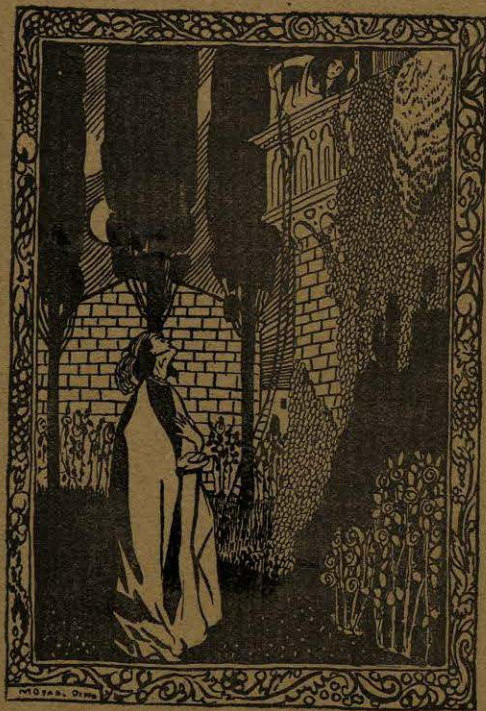
la tela silenciosa adquiere vida
y tiembla y se estremece de deseo,
como mis manos cuando rozan trémulas
la sedosa inquietud de tus cabellos!

MADRIGAL

En el fondo del alma hay una herida,
por donde, gota á gota, lentamente,
se desangra mi vida...

Mas, como no la ves, indiferente
á mi dolor, sonríes,
acariciando al par con la mirada,
tu áurea sortija, donde los rubíes
son, cual gotas de sangre coagulada!...

ROMANZAS



I

Tus manos son dos pálidas princesas,
enfermas de una de esas
dolencias misteriosas

que marchitan los lirios y las rosas.
Tus manos son dos pálidas princesas
que entre mis manos desfallecen presas,
bajo un agobio de piedras preciosas.

Libre de ensueños y anhelares vanos,
sólo una aspiración tiene mi vida:
ser una perla á tu anular prendida,
para irme muriendo con tus manos...

Bajo el gran misterio
del jardín sin luna,
tiene el parque una
paz de cementerio,

que perfuma alguna
rosa que — hoja á hoja —
la brisa deshoja...
Ungido de olores,

el parque es un muerto
cubierto
de flores.

La Noche, un lejano
rumor de colmena,
de inquietudes llena...

Y Chopín, su pena
llora en un piano...

(¡Oh, la blanca mano,
— mano ó azucena —
que rima su pena
con la del piano!)

III

Hay un silencio de olvido
en la tierra y en el mar.
Corazón que estás dormido
¿quién te vendrá á despertar?

La luna en la noche vierte
su tenue y místico albor...
El beso que te despierte
¿será el beso de la Muerte
ó los besos del Amor?

Una blancura irreal
del cielo á los campos baja...
¡Alma, ¿será tu mortaja
ó tu albo velo nupcial?

IV

Dolor, dolor de amar,
lo que por ser tan bello
es efimero. Echar
¡oh, supremo dolor!
una cadena al cuello...

Al fin cansa el amor.
Y la divina miel
de los besos, nos deja
amargores de hiel...

«¡Ama, ama y sufrirás!...»
¡Oh, canción, canción vieja,
siempre nueva serás!...
«Sufrirás que el amor,
liba, como la abeja,
su miel, en el dolor!»

V

Tu mano entre la mía,
mi sien sobre tu seno...

En la melancolía
de tu rostro moreno
pasar mi amor advierte
las sombras de la muerte.

¿Dónde tu sangre va?
¿Por qué invisible herida
se te escapa la vida?

Entre mi mano, está
tu blanca mano, yerta
como la de una muerta.

Tu negra cabellera,
á las sienes pegada,
tu mirada apagada
y tus labios de cera;

todo inspira esa triste
desolación, amada,
de lo que ya no existe.

Apagan, una á una
las perlas de tu cuello,
su claridad de luna.
Y hasta la rosa roja
que adorna tu cabello,
sin vida se deshoja.

VI

La luna al jardín blanquea...
¿Por qué el corazón desea
tener alas luminosas,
y á su luz de plata, igual
que un milagroso rosal;
huele nuestra carne á rosas?

Trina un ruiseñor dolido
sobre un granado florido...

¿Por qué al oír su canción
soñamos nuevos amores
y sentimos ruiseñores
trinar en el corazón?

VII

¿Por qué tu voz hermana,
todos mis sueños trunca?
Cuando digo: — ¡Mañana!
tu voz responde: — ¡Nunca!

Ni en sueños serás mía...
¡Para mi sed ardiente
estará eternamente
tu ánfora vacía!...

No hay nadie que se alabe
de haberte contemplado...
¡De tu huerto cerrado,
nunca tendré la llave!

¿En qué blanco rosal
te detendrás, paloma?
¿Quién gozará tu aroma,
vaso espiritual?

¿Por qué tu voz hermana,
todas mis ansias trunca?
Cuando digo: — ¡Mañana!
tu voz responde: — ¡Nunca!

VIII

¡Oh, la suave dulzura
de la vieja sonatina,
que rima con la blancura
de tu mano alabastrina!

Música tan tenue y leve,
tan efímera y ligera,
como si tejida fuera
con copos de seda y nieve.

Bajo el marfil de tu mano,
 los marfiles del piano
 se estremecen de dolor;
 y por la ventana, una
 blanca claridad de luna
 con su luz alabastrina
 viene á besar tu blancor...

¡Oh, la vieja sonatina
 soñando bajo la luna,
 en esta noche de amor!

IX

De un laberinto salí
 y en otro nuevo me pierdo...
 ¿Tu recuerdo vive en mí
 ó yo vivo en tu recuerdo?

Fuera de tu amor gravita
 la pesadez del vacío...
 ¿Es tu corazón ó el mío
 el que en mi pecho palpita?

La vida paso á tus pies,
sollozando de dolor...
¿Tu amor es mi vida ó es
mi vida entera tu amor?

X

Mi vida es como la llama
que alumbrando se consume.
Ya de tanto amar, no ama...
Quien respira su perfume

queda pálido y sombrío...
¡Ay, ¿por qué siempre envenena
el contacto del hastío?
De tanto penar, no pena,